

*EXCUSATIO NON PETITA: THE PARISHIONER'S REPLIES
TO THE ECCLESIASTICAL CRITICISM FOR THE
ATTENDANCE AT SHOWS (3RD-6TH CENTURIES)*
*EXCUSATIO NON PETITA: LAS RÉPLICAS DE LOS
FELIGRESES A LAS CRÍTICAS ECLESIASTICAS POR LA
ASISTENCIA A LOS ESPECTÁCULOS (SIGLOS III-VI)**

JUAN ANTONIO JIMÉNEZ SÁNCHEZ
UNIVERSIDAD DE BARCELONA
JJIMENEZ@UB.EDU

RESUMEN

El presente trabajo gira en torno a la evolución experimentada por las respuestas que los feligreses opusieron a las incesantes críticas de las autoridades eclesiásticas en relación con su asistencia a los espectáculos de la tradición romano-pagana. Éstos eran tachados de idólatras e inmorales, y sin embargo la mayor parte de los cristianos, bien integrados en la sociedad de su tiempo, acudían a contemplarlos. Ante los continuos reproches de sus predicadores, muchos individuos se ampararon en una gran diversidad de excusas. Conocemos la naturaleza de dichas réplicas gracias al recurso dialéctico, usado por los predica-

ABSTRACT

The present work deals with the evolution in the responses of parishioners who opposed to the incessant criticism of the ecclesiastical authorities in relation to their attendance at shows of the Roman-pagan tradition. These were branded as idolatrous and immoral, and yet most of the Christians, well integrated into the society of their time, came to contemplate them. Because of the continual reproaches of their preachers, many individuals sought shelter in a great diversity of pretexts. We know the nature of these replies thanks to the dialectical resource used by preachers who reproduced them in their speeches

* Este estudio se enmarca en los proyectos de investigación HAR2016-74981-P del Ministerio de Economía y Competitividad, cuyos investigadores principales son los profesores Josep Vilella y Juan Antonio Jiménez, y del GRAT, Grup de Recerca 2017SGR-211, de la Direcció General de Recerca de la Generalitat de Catalunya, dirigido por el profesor Josep Vilella.

dores, de reproducirlas en sus discursos a fin de poderlas rebatir después fácilmente ante todo su auditorio. Y gracias también a este recurso sabemos la evolución del pensamiento de los feligreses en este terreno. Nuestro estudio se inicia con el análisis del testimonio de Tertuliano (s. II) y de Novaciano (s. III) y los extravagantes pretextos en los que se escudaban aquellos cristianos que acudían a los juegos. En el siglo IV cambió esta postura, pues las respuestas eran mucho más directas y contundentes, como se observa en los sermones de Agustín de Hipona y de Juan Crisóstomo, en el tránsito entre los siglos IV y V. Finalizamos nuestro estudio con el análisis de Severo de Antioquía y de Jacobo de Serugh, cuyos sermones sobre los espectáculos evidencian hasta qué punto había evolucionado la actitud de los fieles en el siglo VI, cuando ya hacía más de un siglo que la política de Arcadio y Honorio había secularizado oficialmente todas las manifestaciones lúdicas.

in order to easily rebutted them in front of their audience. And thanks also to this resource we know the evolution of the thinking of the parishioners in this field. Our study begins with the analysis of the testimony of Tertullian (2nd century) and Novatian (3rd century) and the extravagant excuses made by those Christians who went to the games to justify their behaviour. In the 4th century, this attitude changed, for the answers were much more direct and forceful, as we can see in the sermons of Augustine of Hippo and John Chrysostom in the transit between the 4th and 5th centuries. We finalize our work with the analysis of Severus of Antioch and Jacob of Serugh, whose sermons on the shows evidence to what extent the attitude of the faithful had evolved in the 6th century, when it had been more than a century since the policy of Arcadius and Honorius had officially secularized all these festive manifestations.

PALABRAS CLAVE

Espectáculos, idolatría, homilías, excusas, secularización de los *ludi*.

KEYWORDS

Shows, idolatry, homilies, pretexts, secularization of the *ludi*.

Fecha de recepción: 25/04/2017

Fecha de aceptación: 09/01/2018

1. LA CRÍTICA ECLESIAÍSTICA A LOS ESPECTÁCULOS ROMANOS

La asistencia cristiana a los espectáculos de la tradición romano-pagana –juegos del circo (*ludi circenses*) y del teatro (*ludi scaenici*) y combates gladiatorios y cacerías de animales en el anfiteatro (*munera* y *uenationes*, respectivamente)– supuso un problema continuado para las autoridades eclesiásticas. Algunos autores pretendieron ofrecer una imagen idílica de sus correligionarios, a fin de justificar su comportamiento ante los paganos de la sociedad en la que vivían. Sin lugar a dudas, Tertuliano constituye, con su *Apologeticum* (escrito en el 197), el mejor ejemplo de esta pretensión. El africano presentaba en esta obra su propio rechazo a los juegos como si fuera el de toda la comunidad cristiana: sus miembros se apartaban de los espectáculos a causa de sus orígenes idolátricos; Tertuliano añadía igualmente que nada en los sentidos de los cristianos tenía que ver con los espectáculos; ellos poseían sus propios placeres, y, además, si no querían divertirse en el modo en que los paganos consideraban que había de hacerse, eso era exclusivamente su problema, no el de los gentiles, pues nadie estaba obligado a que le gustasen las mismas cosas que a otro individuo: paganos y cristianos contaban con placeres diferentes; y ciertamente no concurrir con los idólatras a sus festividades no les convertía en gente diferente, pues podían ser personas absolutamente normales en todo lo demás¹.

1. Tertullianus, *Apol.*, 38, 4-5 y 42, 4-7. Véase: MORESCHINI, C.: *Tertulliano. Apologia del cristianesimo. La carne di Cristo*, Milano, 2000³, 50; SIDER, R. D.: *Christian and Pagan in the Roman Empire. The Witness of Tertullian*, Washington D.C., 2001, 82; DUNN, G. D.: *Tertullian*, London – New York, 2004, 28; SORDI, M.: *Tertulliano. Difesa del cristianesimo (Apologeticum)*, Roma – Bologna, 2008, 31 y 353.

A pesar de esta imagen perfecta que Tertuliano pretendió ofrecer en el *Apologeticum*, la terrible realidad para él era que los seguidores de la fe de Cristo acudían con mucha frecuencia a contemplar los juegos. Precisamente por esta razón, Tertuliano se decidió a denunciar tal conducta en su célebre *De spectaculis*, redactado poco después de su tratado apologético. Aunque el inicio de este escrito puede dar la impresión de que únicamente estaba orientado a los catecúmenos, en realidad rápidamente observamos que estaba dirigido a catecúmenos y fieles bautizados por igual, puesto que Tertuliano aludió también con frecuencia a aquellos individuos que rompían su juramento bautismal al acudir a los espectáculos; de esto se deduce que ambas categorías de cristianos eran transgresores en el mismo grado². En este opúsculo, Tertuliano también estableció las razones por las cuales un cristiano no debía frecuentar tales lugares: los espectáculos eran idolátricos, dado que nacieron como parte del culto debido a los dioses y a ellos estaban consagrados. Presenciarlos, pues, comportaba violar el primero y más importante de los mandamientos divinos –«no tendrás otros dioses fuera de mí» (Ex., 20, 3)– y, por tanto, incurrir en el peor de los pecados³. Por si las razones religiosas no fueran suficientes, Tertuliano asoció además un pecado moral a cada una de las manifestaciones lúdicas: la locura –es decir, la pérdida del autocontrol en las gradas– en el caso del circo⁴; la lujuria, en el teatro⁵; y la crueldad, en el anfiteatro⁶.

La exposición del africano resultó tan brillante que fue retomada por otros predicadores posteriores, como por ejemplo Novaciano, Lactancio, Agustín de Hipona, Salviano de Marsella o Cesáreo de Arlés. Además estos autores reprodujeron en ocasiones de una manera casi literal los argumentos de Tertuliano, hasta que al final muchos de ellos acabaron convirtiéndose en auténticos *tópoi*. No obstante, este discurso

2. TURCAN, M.: *Tertullien. Les spectacles*, Paris, 1986, 43-44; SIDER, R. D.: *Christian and Pagan*, 81 y 83, n. 8.

3. Tertullianus, *De spect.*, 4-7.

4. Id., *De spect.*, 16.

5. Id., *De spect.*, 17.

6. Id., *De spect.*, 19. Acerca de la crítica de Tertuliano a los espectáculos, véase: JONES, P. W.: *The Concept of Community in Tertullian's Writings in the Light of Contemporary Legal, Philosophical, and Literary Influences*, Montreal, 1973, 43-44; SÁNCHEZ SALOR, E.: *Polémica entre paganos y cristianos*, Madrid, 1986, 420-421; DeVOE, R. F.: *The Christians and the Games. The Relationship between Christianity and the Roman Games from the First through the Fifth Centuries, A.D.*, Lubbock, 1987, 144-149; BETANCOR, M. A. – SANTANA, G. – VILANOU, C.: *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Madrid, 2001, 94-103; SIDER, R. D.: *Christian and Pagan*, 81-83; DUNN, G. D.: *Tertullian*, 28-29; LUGARESI, L.: *Il teatro di Dio: il problema degli spettacoli nel cristianesimo antico: II-IV secolo*, Brescia, 2008, 387-405; JIMÉNEZ, J. A.: *Los juegos paganos en la Roma cristiana*, Treviso – Roma, 2010, 271-272, 279-282 y 286-287.

sólo tuvo éxito en la tradición literaria, porque en la práctica cotidiana la asistencia cristiana a los juegos se siguió perpetuando a lo largo del tiempo⁷.

En el presente trabajo estudiaremos la gran diversidad de excusas que los feligreses opusieron a estas incesantes críticas de las autoridades eclesiásticas. Conocemos la naturaleza de dichas réplicas gracias al recurso dialéctico, usado por los predicadores, de reproducirlas en sus discursos a fin de poderlas rebatir después fácilmente ante todo su auditorio. Los ejemplos no son muchos, pero revisten de gran interés, pues nos muestran la evolución que la comunidad cristiana fue experimentando dentro de la sociedad de su tiempo, así como el cambio progresivo de la relación existente entre los cristianos y sus líderes espirituales. Asimismo, nos permiten ver, como tendremos oportunidad de comprobar, el lento desarrollo de los espectáculos romanos durante todos estos siglos del final de la Antigüedad, puesto que en este tiempo las manifestaciones lúdicas pasaron de una religiosidad puramente formal y nominal a su total y absoluta secularización.

2. LAS PRIMERAS EXCUSAS DE LOS CRISTIANOS

En el ya citado *De spectaculis*, Tertuliano exponía algunas de las excusas que los fieles bautizados y los catecúmenos oponían para poder seguir asistiendo a los espectáculos. Se trata de justificaciones realmente forzadas, a veces rayanas en lo absurdo, como la sutil ironía del autor africano no dejó de señalar. Tertuliano llegó a afirmar que algunos de los cristianos que renunciaban a su fe lo hacían más por temor de perder el placer de acudir a los espectáculos que por miedo a perder la vida, con toda probabilidad en el curso de las persecuciones⁸. Lógicamente, el primer pretexto que oponían los creyentes era el de la ignorancia; es decir, alegar que desconocían que lo que estaban haciendo constituía un pecado⁹.

Los que se amparaban en subterfugios preferían especialmente la siguiente argumentación: todas las cosas habían sido creadas por Dios y entregadas al hombre; y entre éstas se hallaban las que se usaban en los espectáculos, tales como el caballo, el león, la fuerza corporal o la voz, además de los materiales para levantar circos, teatros y anfiteatros. En consecuencia, nada realizado con elementos de su Creación podría ser contrario a Dios y, por tanto, no debería ser prohibido a los fieles dado que no

7. KAHLOS, M.: *Debate and Dialogue. Christian and Pagan Cultures. C. 360-430*, Aldershot, 2007, 126-129; PEDROLL, T.: «Spettacoli pagani e rinunzia al male nei *Christiana tempora*. Alcuni aspetti della critica alle *pompae Diaboli* fra III e VI secolo», *Quaderni del Cairoli*, 28, 2014, 74-83; KYLE, D. G.: *Sport and Spectacle in the Ancient World*, Chichester, 2015², 329-331.

8. Tertullianus, *De spect.*, 2, 3.

9. Id., *De spect.*, 1, 1-2. Véase TURCAN, M.: *Tertullien*, 76.

constituía una ofensa para el Señor¹⁰. La réplica de Tertuliano resulta contundente: ciertamente, Dios había creado todo el universo, pero esto no implicaba que el hombre pudiera utilizar de una manera perversa los elementos de la Creación. Satán, el enemigo de Dios, era el responsable de esta corrupción. Todo lo condenado incluso por los paganos tenía por origen algo que provenía de Dios, como sucedía con el cuchillo con el que se cometía un crimen. Así pues, la censura no radicaba en el material mismo sino en el mal uso de éste¹¹.

Algunos otros aludían a la autoridad de las Escrituras como requisito indispensable para renunciar a los espectáculos, y, dado que en la Biblia no existía ninguna interdicción específica de este tipo, ellos continuaban frecuentando circos, teatros y anfiteatros¹². No obstante, Tertuliano les mostró que esta condena sí que se hallaba implícitamente en las Escrituras, concretamente en el salmo primero, en los versículos que afirman: «feliz el varón que no acabó en la reunión de los impíos, y no permaneció en la vía de los pecadores, ni se sentó en la cátedra de las calamidades». Nuestro autor identificó la mencionada “reunión de los impíos” con los paganos congregados en las gradas, la “vía de los pecadores” con los pasillos de la cávea (que separaban a los ciudadanos romanos según su categoría social) y la “cátedra de las calamidades” con los asientos de los edificios de espectáculos¹³.

En ocasiones, los pretextos eran de una pobreza argumentativa tal que prácticamente rozaban lo absurdo. Así, algunos individuos objetaban que en realidad los espectáculos no podían ser tan perjudiciales, dado que tanto el sol como Dios los miraban desde el cielo y ninguno de ellos estaba contaminado¹⁴. Tertuliano no tropezó con muchas dificultades a la hora de rebatir este poco brillante razonamiento: el sol hacía descender sus rayos hasta las mismísimas cloacas y no por eso se manchaba; Dios, por su parte, contemplaba por igual los robos, las mentiras, los adulterios y la idolatría, así como también los espectáculos; y por esta misma razón, el cristiano debía evitarlos, para no ser visto allí por Aquel que todo lo observa, y, por extensión, que todo lo juzga¹⁵.

10. Tertullianus, *De spect.*, 2, 1-2.

11. Id., *De spect.*, 2, 7-12. Véase: JONES, P. W.: *The Concept of Community*, 53-54; SÁNCHEZ SALOR, E.: *Polémica*, 419-420; DeVOE, R. F.: *The Christians*, 150-151; LUGARESI, L.: *Il teatro di Dio*, 384-386.

12. Tertullianus, *De spect.*, 3, 1.

13. Id., *De spect.*, 3, 3-8. Véase: COURTÈS, J.: *Spectacles et jeux à l'époque patristique. Analyse topique, traitement moral et transformation symbolique d'un fait de culture*, Paris, 1973, 43; SÁNCHEZ SALOR, E.: *Polémica*, 419-420; TURCAN, M.: *Tertullien*, 103-105; BETANCOR, M. A. – SANTANA, G. – VILANO, C.: *De spectaculis*, 114-115, n. 28; SIDER, R. D.: *Christian and Pagan*, 87, n. 25.

14. Tertullianus, *De spect.*, 20, 2. Véase TURCAN, M.: *Tertullien*, 260.

15. Tertullianus, *De spect.*, 20, 3. Véase JIMÉNEZ, J. A.: *Los juegos paganos*, 294-295.

El problema se perpetuó y medio siglo después Novaciano escribió un nuevo *De spectaculis* en el que repetía muchos de los argumentos de Tertuliano¹⁶. En este caso, los recalitrantes llegaron a esgrimir las Escrituras para justificar su pasión por los juegos, afirmando que muchos elementos lúdicos hacían su aparición en ellas. Para Leonardo Lugaresi¹⁷, estos defensores de los espectáculos no eran individuos cualesquiera, sino personajes relevantes de la Iglesia romana que se erigieron como *indulgentes patroni* de aquellos cristianos, generalmente de reciente conversión, que deseaban seguir apegados a sus antiguas costumbres, en este caso la asistencia a los juegos. Para ello, se servirían de su *auctoritas* a fin de elaborar un discurso teológico en defensa de las manifestaciones lúdicas y para el cual utilizarían diversos pasajes de las Escrituras. De este modo, según ellos, Elías era el auriga de Israel; David llegó a danzar ante el Arca de la Alianza; además, con frecuencia se mencionan en la Biblia numerosos instrumentos musicales; y el propio apóstol Pablo se mostraba a sí mismo como un atleta e invitaba al cristiano a un combate espiritual. Entonces, ¿por qué se prohibía al cristiano contemplar lo que había sido lícito escribir en las Sagradas Escrituras?¹⁸ Novaciano lamentó que éstas se utilizaran para justificar los vicios, y expresó su deseo de que la gente no las conociese a que las interpretase de ese modo¹⁹. A continuación, refutó esta argumentación afirmando que Elías jamás compitió en ningún circo, que David no danzó en forma obscena y que los instrumentos musicales se emplearon para honrar a Dios y no a los ídolos²⁰. Este autor también nos informa de que algunos fieles, cuando las representaciones escénicas coincidían en domingo, acudían a contemplarlas empujados por la lujuria, y lo hacían después de haber asistido a misa y de haber comulgado, pensando que de esta manera mitigaban su pecado. Sin embargo, para el predicador tal comportamiento agravaba el delito, ya que los pecadores llevaban con ellos al teatro –al que tacha de lupanar– el santo cuerpo de Cristo y lo mancillaban al exponerlo ante las actrices –calificadas asimismo de meretrices–²¹.

16. DESIMONE, R. J.: *Novatian. The Trinity, The Spectacles, Jewish Foods, In Praise of Purity, Letters*, Washington D.C., 2008, 115-118; PAPANDEA, J. L.: *Novatian of Rome and the Culmination of Pre-Nicene Orthodoxy*, Eugene OR, 2011, 47.

17. LUGARESÍ, L.: *Il teatro di Dio*, 429.

18. Nouatianus, *De spect.*, 2, 3.

19. Id., *De spect.*, 2, 4.

20. Id., *De spect.*, 3, 2. Véase: LUGARESÍ, L.: *Il teatro di Dio*, 432-433; JIMÉNEZ, J. A.: *Los juegos paganos*, 295-296.

21. Nouatianus, *De spect.*, 5, 5.

3. EL CAMBIO EN LA ACTITUD DE LOS CRISTIANOS

El siglo IV marcó un cambio de tendencia no sólo en la relación entre el poder imperial y el cristianismo –con soberanos que ahora protegían y patrocinaban esta religión–, sino también en el propio encaje que los seguidores de esta fe tenían en el seno de la sociedad del Imperio. Aunque bien integrados en la sociedad romana desde un inicio, durante la cuarta centuria los cristianos tomaron una mayor conciencia de pertenencia a una colectividad global con numerosas tradiciones y costumbres en las que debían tomar parte si no deseaban quedarse al margen de los ritmos de la vida cotidiana. Y esto generó una importante evolución en su actitud respecto a sus líderes espirituales. La gente ya no necesitaba recurrir a los pretextos demagógicos a los que hubieron de enfrentarse Tertuliano y Novaciano. Ahora sus réplicas resultaban mucho más directas.

Agustín de Hipona constituye un magnífico ejemplo de dicho cambio de actitud²². Este obispo reprochaba a sus oyentes que presumieran de no acudir a los juegos y que tal renuncia representara uno de los signos más visibles de su amor por Cristo. Pero entonces, preguntaba, si los cristianos no iban al teatro, ¿quién llenaba las gradas? Algunos respondían que tal vez serían paganos o judíos, pero el predicador recordaba que ésta no era una excusa válida, dado que tales grupos de población eran ya tan poco numerosos en la ciudad que ellos solos no bastarían para llenar las cáveas y, en consecuencia, habrían de retirarse avergonzados de ellas²³.

En un sermón pronunciado en *Bulla Regia* a finales del siglo IV, a petición del obispo de la ciudad, Agustín echaba en cara a los asistentes el que muchos desertaran de las iglesias para marchar en pos de los juegos²⁴. El predicador recriminaba muy duramente a su auditorio que la suya fuera la principal ciudad del lugar en ofrecer espectáculos teatrales, hasta el punto de que mucha gente de los alrededores acudía a este sitio en busca de tales entretenimientos²⁵. Algunos de los bullenses afirmaban que la población de su ciudad era tan heterogénea en materia de credos como lo era

22. Acerca de la crítica a los espectáculos públicos formulada por Agustín, véase: RODRÍGUEZ GERVÁS, M.: «Agustín de Hipona contra los espectáculos públicos. ¿Creencia o concurrencia?», *Arys*, 2, 1999, 263-274; LIM, R.: «Augustine and Roman Public Spectacles», Vessey, M. (ed.), *A Companion to Augustine*, Chichester, 2015, 138-149.

23. Augustinus, *Serm.*, 88, 17.

24. Paradójicamente, Julián de Eclana, en su enfrentamiento con Agustín, acusó a los seguidores del obispo de Hipona de ser amigos de la voluptuosidad y de la lujuria, de tomar consejo del placer y de entregarse a toda clase de vicios en compañía de la gente del anfiteatro, del circo y del teatro; además, según Julián, también Agustín y los suyos hacían valer las máximas de la plebe, de los campesinos y de los profesionales del teatro; véase Augustinus, *Contr. sec. Iul. resp. imp. op.*, II, 14 y VI, 3. Véase LUGARESÍ, L.: *Il teatro di Dio*, 617.

25. Augustinus, *Serm.*, 301 A (*Denis*, 17), 7.

Cartago, por lo que resultaba posible que los espectadores que acudían al teatro fueran sobre todo paganos o judíos. Sin embargo, Agustín recordaba que la población de *Bulla Regia* era en su mayoría cristiana, por lo que aquí todo individuo que cometiera algo malo sería con total seguridad un seguidor de la fe de Cristo²⁶. Esto llevaba al obispo a repetir su argumento de que si los creyentes no asistieran a los juegos, los pocos espectadores que permanecerían en las gradas o bien habrían de abrazar el cristianismo o bien tendrían que abandonar la ciudad llenos de vergüenza²⁷.

También en esta misma homilía, y esto nos resulta extremadamente interesante para nuestro estudio, Agustín se encargó de recoger la respuesta que con seguridad estaba acostumbrado a oír por parte de los feligreses más recalcitrantes: «está bien que os abstengáis vosotros, que sois clérigos y obispos, pero no nosotros los laicos»²⁸. A esto, Agustín les objetó que si él era obispo lo era por ellos, y que el Apóstol predicó a todo el mundo, no sólo a clérigos y obispos.

En Oriente, Juan Crisóstomo debió afrontar situaciones muy parecidas. Así, también él contempló frecuentemente cómo una buena parte de los miembros de su grey abandonaba la iglesia para ir a entretenerse con las representaciones del teatro. Ante sus acusaciones de que los *ludi scaenici* eran una diversión pagana e inmoral, los desertores se excusaban manifestando que sólo acudían a una representación. Cuando el Crisóstomo insistía en la inmoralidad de los juegos, los fieles admitían que ellos no eran monjes. Y, si finalmente él proseguía con sus recriminaciones, ellos le recordaban que tales espectáculos se celebraban porque lo ordenaban las leyes y así estaba establecido por la tradición; y ellos no iban a trastornarlo ahora todo por la palabra del predicador; había mucha gente, sostenían además, que no sufría ningún daño moral por asistir a los espectáculos²⁹. Evidentemente, estos cristianos que acudían al teatro lo hacían de una manera abierta y sin disimulos, y con sus palabras recordaban que los juegos a los que asistían formaban parte del calendario oficial desde hacía ya mucho tiempo; sin duda, se trataría de juegos tanto de origen religioso como de otros celebrados para conmemorar los aniversarios y la victorias militares del emperador.

Como podemos ver, ya habían quedado muy atrás aquellos días en los que la gente manipulaba las citas bíblicas para justificar su presencia en las gradas de circos, teatros y anfiteatros. Ahora su contestación era más rotunda y categórica.

26. Id., *Serm.*, 301 A (*Denis*, 17), 7.

27. Id., *Serm.*, 301 A (*Denis*, 17), 7.

28. Id., *Serm.*, 301 A (*Denis*, 17), 8: *bene uos ab istis abstinetis, qui clerici estis, qui episcopi estis, non autem nos laici*. Véase: LUGARESI, L.: *Il teatro di Dio*, 651; JIMÉNEZ, J. A.: *Los juegos paganos*, 298.

29. Iohannes Chrys., *In Matth. hom.*, 6, 8; 7, 7; 37, 6-7. Véase: PASQUATO, O.: *Gli spettacoli in S. Giovanni Crisostomo. Paganesimo e cristianesimo ad Antiochia e Costantinopoli nel IV secolo*, Roma, 1976, 214 y 251-254; LUGARESI, L.: *Il teatro di Dio*, 732-733; JIMÉNEZ, J. A.: *Los juegos paganos*, 299.

4. LA SECULARIZACIÓN DE LOS JUEGOS Y SUS CONSECUENCIAS EN LA PREDICACIÓN

En todo este cambio de actitud por parte de los cristianos también tuvo mucho que ver la política de secularización de los juegos llevada a cabo por Arcadio y Honorio. Dicha política formó parte, a su vez, de la campaña más amplia, iniciada por su padre Teodosio I, que tenía como objetivo eliminar el elemento pagano en todo el ámbito público³⁰. Así, Teodosio I prohibió los sacrificios públicos, prescribió el cierre de los templos y vedó el culto doméstico³¹. Sus hijos, por su parte, establecieron la eliminación de cualquier alusión al culto idolátrico asociado a los espectáculos. En efecto, el 3 de julio del año 395, Arcadio promulgó una ley, dirigida a Heracliano, *corrector* de la Paflagonia, por la cual ordenaba excluir por completo cualquier festividad de origen pagano del calendario oficial³². Las implicaciones de esta medida son trascendentales: en adelante, las fiestas de la religión tradicional romana ya no formarían parte de los días considerados *feriati*. Esto no suponía la desaparición de los espectáculos vinculados a ellas, sino tan sólo que perderían su componente pagano y se celebrarían como simples entretenimientos laicos. Pocos años después (en el 399), Honorio insistió en este punto en una ley dirigida a Apolodoro, procónsul de África, en la que le decía que había que seguir ofreciendo espectáculos al pueblo según la antigua cos-

30. Acerca del proceso de secularización de la vida pública, con especial referencia a los espectáculos romanos, véase LIM, R.: «Christianization, Secularization, and the Transformation of Public Life», Rousseau, P. (ed.), *A Companion to Late Antiquity*, Chichester, 2009, 497-511.

31. *Cod. Theod.*, XVI, 10, 10-12 (leyes promulgadas entre el 391 –prohibición de los sacrificios públicos y cierre de los templos en Roma y Alejandría– y el 392 –prohibición del culto doméstico–, aunque una ley anterior de carácter más general, desaparecida, debió de haberse publicado en el 390: en ella seguramente se prescribía el cese de los sacrificios públicos en todo el Imperio Romano, con las excepciones de Roma y Alejandría; al respecto, véase JIMÉNEZ, J. A.: «Teodosio I, Libanio y la prohibición de los sacrificios», *Latomus*, 69, 4, 2010, 1088-1104). La prohibición de los sacrificios y del culto público por parte de Teodosio I constituyó un paso fundamental para la secularización de los juegos romanos asociados a festivales religiosos. Véase FRENCH, D. R.: *Christian Emperors and Pagan Spectacles. The Secularization of the ludi*, A. D. 382-525, Berkeley, 1985, 33-41.

32. *Cod. Theod.*, II, 8, 22. Véase: BALSDON, J. P. V. D.: *Life and Leisure in Ancient Rome*, London, 1969, 251; FRENCH, D. R.: *Christian Emperors*, 41 y 48; DeVOE, R. F.: *The Christians*, 182; SALZMAN, M. R.: *On Roman Time. The Codex-calendar of 354 and the Rhythms of Urban Life in Late Antiquity*, Berkeley – Los Angeles – Oxford, 1990, 236; JIMÉNEZ, J. A.: «La cristianización del tiempo: la transformación del calendario lúdico en un calendario religioso durante la primera mitad del siglo V», García Moreno, L. A. et al. (ed.), *Santos, obispos y reliquias. Actas del III Encuentro Internacional "Hispania en la Antigüedad Tardía" (Alcalá de Henares, 13 a 16 de octubre de 1998)*, Alcalá de Henares, 2003, 209-215 (211-213); ID.: *Los juegos paganos*, 324-325; ID.: «La liturgie impériale et les jeux durant l'Antiquité tardive: entre paganisme et christianisme», Benoist, S. – Daguët-Gagey, A. – Hoët-van Cauwenberghe, C. (ed.), *Figures d'empire, fragments de mémoire. Pouvoirs et identités dans le monde romain impérial (II^e s. av. n.è. – VI^e s. de n.è.)*, Villeneuve d'Ascq, 2011, 181-193 (184-185).

tumbre, aunque, eso sí, desprovistos de sacrificios y de otras dañinas reminiscencias gentiles³³.

A partir de este momento, el argumento de la idolatría en los *ludi* perdió fuerza en boca de los predicadores, puesto que éstos ya no contaban con ningún tipo de base legal para sustentarlo. Nadie, aparte de ellos mismos, que insistieron en que los juegos estaban consagrados a los demonios paganos, creía ya en este razonamiento.

Un buen ejemplo podemos leerlo en algunas de las homilías de Severo, el célebre patriarca monofisita de Antioquía, ya en época bizantina (512-518), quien de nuevo reprodujo las objeciones de sus feligreses. Al acusarlos, en uno de sus sermones, de ir al hipódromo y al teatro, éstos se excusaban diciendo que no habían faltado a las oraciones ni a las reuniones en la iglesia. Severo les recordaba entonces que Pablo de Tarso había afirmado que no se podía beber de la copa del Señor y de la de los demonios³⁴. La gente preguntaba qué perversidad había en contemplar una carrera de caballos. El obispo respondía que mucha, puesto que los espectáculos estaban consagrados a los dioses y dados en su honor; en el caso concreto de los *ludi circenses*, a Neptuno. Y evidentemente, a Dios no le gustaba aquello que proporcionaba placer a los demonios. ¿Cómo podían los fieles correr, preguntaba el predicador, hacia unos espectáculos a los que habían renunciado en el acto del bautismo, puesto que éstos eran las pompas de Satán y sus demonios? Entonces, según Severo, la gente le recordaba (y, con razón, debemos añadir) lo siguiente: «Estas representaciones no son dadas en honor de los demonios, sino para nuestro placer». En este punto, y dado que seguramente era consciente de que el argumento idolátrico no gozaba de la suficiente fuerza entre sus oyentes, el obispo se apartaba de él en su discurso para centrarse en los aspectos inmorales de las carreras de carros. Así, argüía que los cristianos irritarían a su Creador si utilizaban a sus animales de una manera contraria a sus mandamientos. Había que servirse de los animales con piedad, no haciendo un comercio vano y perjudicial del agotamiento, la fatiga y la muerte de los caballos a fin de obtener una diversión y un placer diabólicos. Además, las carreras sólo generaban conflictos y querellas entre los espectadores. Y el teatro era igualmente perjudicial, con todo su despliegue de lujuria y deshonestidad. A esto respondían los fieles: ¿Qué podían hacer ellos si los teatros estaban abiertos y desde allí se les llamaba a contem-

33. *Cod. Theod.*, XVI, 10, 17. Véase: Véase: FRENCH, D. R.: *Christian Emperors*, 41; JIMÉNEZ, J. A.: *Los juegos paganos*, 325-326; PUK, A.: «A Success Story: Why did the Late Ancient Theatre Continue?», Vinzent, M. – Schlapbach, K. (ed.), *Papers presented at the Sixteenth International Conference on Patristic Studies held in Oxford 2011 (Studia Patristica*, 60: *New Perspectives on Late Antique Spectacula*), Leuven – Paris – Walpole MA, 2013, 21-37 (25-27).

34. I *Cor.*, 10, 21.

plar los espectáculos? La respuesta de Severo resulta contundente: pasar ante ellos corriendo y con firmeza, puesto que no había necesidad de entrar en estos edificios³⁵.

Severo abordó esta misma problemática en otra de sus homilías, aunque en ella no reprochó a su grey que acudiese a los espectáculos del circo –al contrario, alabó su riqueza espiritual–; simplemente le previno de que no cayese en ese pecado. Volvió a acusar a los *ludi circenses* de idolatría, ya que, por ejemplo, se dedicaban a la Fortuna de la ciudad. Durante las carreras, los espectadores gritaban: «¡Fortuna de la ciudad, otorga la victoria!»; y para Severo esto resultaba intolerable, dado que con esa exclamación el público estaba reduciendo a nada la Providencia de Dios, al haber convertido en una diosa al azar, a la fortuna. Cuando un individuo hacía esto, en realidad estaba sembrando el error de la idolatría. Y pese a todo, recordaba el obispo, existía gente que afirmaba que no había ningún pecado en divertirse en tales espectáculos. Severo insistió en sus consabidos argumentos y repitió que todos los juegos se ofrecían en honor de los dioses paganos: los idólatras contaban con tantas deidades diferentes que no existía ningún espectáculo que no estuviera tutelado por alguna de ellas. Además, aun aceptando que en las carreras de caballos no se produjera ninguna adoración a demonio alguno y tan sólo se diera una diversión laica, Severo recordó que existían asimismo muchas razones por las que evitar el circo, tales como el maltrato infligido a los caballos, el derroche de unos recursos que podrían utilizarse mejor alimentando a los pobres o las querellas y los disturbios generados en las gradas; tales tumultos y riñas constituían una nueva prueba para Severo de que estos espectáculos eran un producto de los demonios³⁶.

El mismo problema debió de afrontarlo su contemporáneo Jacobo de Serugh, obispo de *Batnae*³⁷ entre el 519 y el 521. Éste es un autor muy poco conocido en el tema que nos ocupa, y sin embargo posee una gran importancia. Escribió más de setecientas homilías en verso, de las cuales han sobrevivido poco más de la mitad, y muchas de ellas esperan todavía ser editadas y traducidas. Entre las que han llegado hasta nosotros hay cinco dedicadas a combatir la afición por los espectáculos del teatro. Se conservan en estado fragmentario en un solo manuscrito (Add. MS. 17158),

35. Seuerus Ant., *Hom. cath.*, 54.

36. Seuerus Ant., *Hom. cath.*, 26. Véase: GRAFFIN, F.: «La vie à Antioche d'après les homélies de Sévère: Invectives contre les courses de chevaux, le théâtre et les jeux olympiques», Wiessner, G. (ed.), *Erkenntnisse und Meinungen*, 2, Wiesbaden, 1978, 115-130; ALPI, F.: «Société et vie profane à Antioche sous le patriarcat de Sévère (512-518)», Cabouret, B. – Gatier, P.-L. – Saliou, C. (ed.), *Antioche de Syrie: histoire, images et traces de la ville antique*, Lyon, 2004, 519-542; ALLEN, P. – HAYWARD, C. T. R.: *Severus of Antioch*, London – New York, 2004, 14 y 16; WEBB, R.: *Demons and Dancers: Performance in Late Antiquity*, Cambridge MA – London, 2008, 38 y 169; PUK, A.: «A Success Story», 28.

37. Se trata de la actual Serugh, ciudad situada al sur de Turquía, en posición fronteriza con Siria.

custodiado en la British Library. Están redactadas en verso, la primera de ellas en dodecasílabos y las restantes en heptasílabos³⁸.

En estos sermones vuelven a repetirse las clásicas acusaciones de idolatría e inmoralidad. Para Jacobo, el teatro era un profesor que instruía a sus pupilos acerca de las historias de los dioses. Los *ludi scaenici* eran un entretenimiento que introducía el paganismo a través de muchas historias falsas, por lo que el actor se convertía en un amigo de los ídolos. Y de este modo, pues, el propio Satán intentaba instaurar de nuevo el paganismo a través de los juegos³⁹.

En la última de sus homilías sobre los espectáculos, Jacobo reprodujo las repuestas y los razonamientos de sus feligreses. Éstos insistían en que se trataba de un entretenimiento, no de paganismo. Entonces, preguntaban, ¿por qué era un problema para el predicador si ellos se reían? Desde el mismo momento en que ellos negaban a los dioses paganos, no podrían perderse a causa de las historias relacionadas con estas deidades. Mientras confesasen a Dios, podrían divertirse en el teatro. Ellos eran cristianos bautizados, al igual que su predicador, y confesaban a un único Señor, razón por la cual eran conscientes de que las actuaciones mímicas eran una farsa. No iban al teatro para creer en ellas, sino para reír. ¿Y qué podían perder si reían y no creían en las historias de unos ídolos que sabían falsos? A todo esto, Jacobo replicaba que resultaba imposible estar en el lodo sin ensuciarse; y a continuación pasaba a recordar a sus oyentes un largo listado de los crímenes y adulterios de los dioses⁴⁰. El hecho de que dedicara hasta cinco homilías a combatir la afición del teatro nos lleva a pensar que no tuvo demasiado éxito en esta parte de su predicación. En esos años, los únicos que creían que la idolatría se escondía detrás de todos los espectáculos eran los propios predicadores, pero nadie más.

En resumen, hemos podido comprobar cómo la evolución de las réplicas cristianas a las críticas de las autoridades eclesiásticas no constituyó otra cosa que un reflejo de la propia evolución que la comunidad cristiana estaba viviendo en ese momento dentro del conjunto de la sociedad romana. Asimismo, evidencia también el desarrollo religioso de los espectáculos a lo largo de la Antigüedad Tardía. Los cristianos ciertamente supieron integrarse en esta sociedad desde el principio, pero durante los primeros siglos su postura en ella todavía era algo marginal. Vivían en un mundo impregnado de paganismo, y aunque algunos de ellos fueran de reciente conversión y mantuvieran aún muchas de sus antiguas costumbres, debían excusarse

38. MOSS, C.: «Jacob of Serugh's Homilies on the Spectacles of the Theatre», *Le Muséon*, 48, 1935, 87-112 (87-89); HALL, E.: «Pantomime, a Lost Chord of Ancient Culture», Hall, E. – Wyles, R. (ed.): *New Directions in Ancient Pantomime*, Oxford, 2008, 1-40 (38-40).

39. Iacobus Ser., *Hom. de spect.*, 3 y 4. Véase MOSS, C.: «Jacob of Serugh's Homilies», 89-90.

40. Iacobus Ser., *Hom. de spect.*, 5. Véase: HALL, E.: «Pantomime», 39; WEBB, R.: *Demons and Dancers*, 38 y 192; PUK, A.: «A Success Story», 28.

continuamente ante sus líderes religiosos por justificar dicho mantenimiento. Así, por ejemplo, los juegos romanos hacía ya mucho tiempo que en la práctica nada tenían que ver con la religión, pero en la teoría todavía estaban ligados al culto de los antiguos dioses. A partir del siglo IV, la situación cambió de manera sustancial: el cristianismo se había expandido considerablemente, hasta el punto de que el soberano profesaba esta religión al igual que muchos de los altos cargos del Imperio. A finales de esa centuria, el culto pagano había sido suprimido por orden de Teodosio I. Los propios espectáculos se desacralizaron y se convirtieron oficialmente en un fenómeno laico. Aunque las muestras del pasado pagano todavía siguieran presentes por doquier, la mayor parte de los cristianos vivían su vida con una mayor naturalidad y ya no sentían la necesidad de disculpar ante sus pastores cada uno de sus actos, como, por ejemplo, cuando acudían a divertirse al circo o al teatro.